

LA VIDA MISMA

No se muestra en televisión, apenas se menciona en la prensa y casi nadie lo conoce. Sin embargo hace diez años ya que durante febrero este pueblito a orillas del lago Llanquihue vibra al son del festival de mayor nivel cultural jamás realizado en Chile y quizás en toda Latinoamérica.

Ni en los grandes festivales europeos, con tradiciones centenarias y recursos millonarios, se concentra tanta buena música en diez días.

Operas de Mozart, quintetos de Schubert, corales de Bach, tríos de Vivaldi y Sonatas de Haendel. Primeras audiciones en Chile de sinfonías de Haydn y de Schubert. Músicos consagrados, talentos nuevos, concertistas extranjeros y directores célebres.

Y todo en un pueblito a orillas del lago Llanquihue...

Allá partimos.

Amor al arte

Llegamos a Frutillar junto a uno de esos chaparrones de truenos y lluvia que dejan el aire cristalino y la mente aliviada. A un caballero delgado de pelo blanco que va subiendo a una Citroëta le preguntamos acerca de la idea.

—Esto es puro amor al arte —dice—. Nada comercial. Aquí vienen los músicos por el gusto de hacer música. Sólo se les costea el pasaje y la estadía. Hasta el afinador del piano viene así.

El caballero delgado resulta ser el propio Alfredo Daetz, presidente del comité organizador.

—Lo más lindo —continúa— es la oportunidad para los jóvenes. Aquí pueden tocar junto a grandes maestros. Aprenden, conviven en música y les sirve para el curriculum. Por eso participan con mucho entusiasmo.

Y con mucho entusiasmo, don Arturo Yungue, fundador de las Semanas Musicales de Frutillar, está en una pieza del internado donde alojan los músicos pegando un botón a su terno oscuro porque en minutos más debe hacer una presentación en el escenario.

—Aquí todo es así —confiesa—. Si falta un botón se saca de otra parte y listo.

Es increíble el movimiento que puede desencadenar un individuo entusiasta, empeñoso y que además sabe qué hacer cuando falta un botón.

Momentos

Gracias a dicha dedicación por hacer bien las cosas simples uno empieza a

PABLO HUNEEUS

Música en Frutillar

vivir esos momentos de placer espiritual propios de la buena música, como el alegre dúo de Anamaria Zabala y el tenor en la ópera *Bastián y Bastiana*. Están sobre un escenario de tablas de pino decorado con begonias, ramas de coigüe y camelias. La orquesta entra suavemente con un aire pastoril que ensambla esas voces con el ambiente bucólico de las campiñas verdes del sur.

O bien a la mañana siguiente, mientras un sol radiante destaca las esmeraldas del lago y hace brillar las nieves del volcán Osorno.

En el gimnasio, bajo la dirección de Fernando Rosas, la orquesta ensaya



uno de los más originales conciertos para piano de Mozart (K.271).

El fervor que irradia la portentosa figura de Rosas al medio y el espíritu del lugar parecen ser demasiado porque está pidiéndoles que toquen más bajito. Frente al piano Blüthner, un niño de doce años —Alfredo Perl— está sentado en la punta de una silla.

Entonces empieza el primer movimiento, con sus pasajes modulados (requieren cruzar las manos sobre el teclado), sus repentinos cambios a llaves remotas y su vitálico rondó de tan rica forma. Y lo que un instante atrás era un "cabro" de zapatillas Bata, jeans gastados y chomba roja, ahora es un mago que arranca al piano verdaderas cascadas de sonoridades fuertes, precisas y briosas.

Rosas detiene la orquesta para explicar una corchea a los cuernos y el niño mira asustado creyendo que ha hecho algo malo. Al proseguir, nuevamente es el hechizo de una interpretación técnicamente perfecta y musicalmente madura.

Sintiendo cómo la emoción ya empieza a picar en los ojos, uno se acerca al piano, pero sólo ve al genio. Es la fuerza secreta que pasa por algunos seres dotados y comunica algo más profundo que ni él puede explicar porque no cabe en palabras.

Al terminar, es nuevamente un niño cualquiera que juega pimpón con amigos de su edad en el patio.

También es ese momento en la Iglesia Luterana. Una tarde rosada entra por los vitrales mientras la brisa fresca y los acordes de Vivaldi elevan el alma.

Hay muchos estudiantes que todos los años hacen una peregrinación a dedo para escuchar los conciertos. Se alojan en la playa o donde sea. Flavio Rojas, por ejemplo, estudia sociología en la Universidad Católica, y durante el verano trabaja de tractorista en Osorno. Con eso junta unos pesos y parte con su saco de dormir en pos de la música. (Terminó alojando en mi pieza, donde Frau Hechenleitner).

Muchos proyectos. El principal es una buena sala de conciertos en un terreno ya comprado. El plano contempla ventanales detrás del proscenio para que se vea el lago y el volcán mientras se escucha música.

Con razón, en la plaza, el monumento a Perez Rosales tiene grabada la siguiente frase suya a los colonos de Frutillar: *Sed activos, prudentes y honorables: el cielo bendecirá vuestros esfuerzos.*